



- Olivares Martínez, Diana. *El colegio de San Gregorio de Valladolid. Saber y magnificencia en el tardogótico castellano*. Madrid: CSIC, 2020. 347 páginas, 96 ilustraciones y 4 láminas.

El colegio de San Gregorio de Valladolid es un edificio tan notable en términos artísticos como escurridizo en lo concerniente a su análisis. Esta condición es resultado de factores diversos, desde su cronología al filo del 1500 –con todo lo que conlleva en el relato de la disciplina– a su ambivalente carácter secular y religioso, su compleja fortuna material y la agravada carencia documental que presenta. A ello se suma otra cualidad ponderada en esta monografía: el grado de invención de sus soluciones compositivas y formales, cuya genealogía es rastreable en tradiciones diversas sujetas a una cuidada selección por sus artífices. Esta creatividad desbordante, propia de monumentos que aúnan innovación técnica, una meditada espacialidad y singularidad ornamental, es reivindicada ya desde hace años por los estudios sobre el tardogótico, entre los que el colegio vallisoletano merece un lugar de honor. Así lo habían captado ya los viajeros foráneos y los redac-

tores de la documentación coetánea, seducidos por sus excelencias, y también lo habían reflejado los estudios histórico-artísticos que durante décadas se habían aproximado a él empleando una adjetivación que incidía –al margen de sus connotaciones historiográficas– en los valores ornamentales y magníficos del edificio y en la extrañeza de sus soluciones. Con todo, esta excepcionalidad entrañaba al mismo tiempo dificultades para un estudio integral como el que ahora se presenta, satisfaciendo así una larga deuda historiográfica con el monumento.

El género de la monografía de edificio es, sin duda, el adecuado para alcanzar el deseado conocimiento en profundidad de una obra de esta categoría. Diana Olivares combina un análisis exhaustivo de la bibliografía generada por el colegio con un examen atento de la materialidad de la edificación y un sólido apoyo documental resultante de la pesquisa en diversos archivos. Sin embargo, el estudio no se agota en el caso, sino que, desde la relevancia que el propio objeto posee, se iluminan problemáticas de mayor alcance relativas a la arquitectura castellana del momento y al papel promotor del episcopado, entre otros aspectos esenciales. La continua reflexión sobre los contextos en los que se insertan los agentes implicados y las soluciones desplegadas sitúa al edificio en un entramado complejo para cuya interpretación se aportan nuevas claves, apoyadas por un selecto aparato gráfico.

No hallará el lector un libro que restrinja sus análisis al plano material, si bien este ocupa un lugar primordial en la discusión. Buen ejemplo de ello son el capítulo inicial, dedicado al fundador del colegio, el obispo de Palencia Alonso de Burgos, y el que sigue al completo estado de la cuestión que se ofrece en segundo término. El perfil biográfico de este dominico queda adecuadamente definido y faculta la comprensión de su principal empresa artística. No solo se registra su labor promotora en las sedes que ocupó, sino que esta se contempla –en lo referido al colegio– como fruto de una actitud compartida por otros obispos que favorecieron

la creación de espacios del saber. La aproximación prosopográfica es especialmente necesaria en este caso, al no haber suscitado Alonso de Burgos hasta fechas recientes una atención acorde al lugar que ocupó en la vida política y eclesiástica en tiempos de los Reyes Católicos. Asimismo, el seguimiento de su *cursus honorum* pormenoriza los aspectos financieros que acompañaron la carrera del prelado a fin de comprender el brillante broche que supuso el colegio; una faceta económica que rara vez se individualiza en los estudios de promoción artística y que supone una relevante aportación. Si lo dicho sobre Alonso de Burgos va más allá de sus iniciativas artísticas, también el análisis del colegio trasciende su naturaleza arquitectónica al subrayar su dimensión institucional, revisando las motivaciones de su fundación y su funcionamiento a la luz de los estatutos.

Tan necesario como descorrer los velos de la historiografía –con sus etiquetas, omisiones y persistencias– es realizar una crítica de autenticidad de un edificio intervenido ya desde sus inicios y profundamente restaurado en tiempos más recientes. El recurso a fuentes gráficas y a los expedientes resultantes de estos procesos no solo permite a la autora dicha acotación, sino también la identificación de espacios citados en la documentación, un mejor conocimiento de sus funciones, y la reivindicación del edificio de “las azoteas” –según es mencionado en las fuentes– como pieza integrante del proyecto original junto a la capilla y el colegio propiamente dicho.

Para concluir esta monografía, dos amplios capítulos desgranar los elementos arquitectónicos y ornamentales del complejo. El primero se detiene en los problemas compositivos que articularon un diseño apto para conciliar las funciones colegiales y la expresión áulica de su promotor; caracteriza sus elementos constructivos y se adentra en la espinosa cuestión de la autoría. Nos revela un edificio en el que cristalizaron innovaciones procedentes de ámbitos como la arquitectura palatina, adaptados con ingenio a las particularidades de la fundación, y en el que

se aplicaron soluciones experimentadas de manera coetánea en algunas de las principales fábricas peninsulares. La monumental portada es la protagonista del capítulo final. Su prolijo imaginario visual no desalienta la identificación de un discurso que integre sus distintos componentes. La clave del mismo, según razona la autora, concuerda con el cometido principal del espacio al que da acceso: la exaltación del saber y de la virtud. Esta se articula mediante metáforas que recurren a tópicos como el del jardín y el del árbol de la ciencia, convenientemente guardados por salvajes sin menoscabo del reconocimiento debido al fundador y a sus monarcas, cuya heráldica se torna omnipresente en todo el colegio.

Tanto en los análisis arquitectónicos como en la discusión sobre los sentidos de las imágenes se conjuga la atención a lo particular con su papel dentro del conjunto. Es destacable la precisión en las descripciones y en la identificación de paralelos pertinentes, evidenciando un amplio conocimiento del paisaje monumental contemporáneo –y de la historiografía referida a este–. Asimismo, la autora maneja con solvencia las tradiciones visuales que confluyeron en un programa tan complejo como el de la portada, cuya interpretación sobresale por su coherencia. Esta coherencia, que reconoce las aportaciones previas y las asume junto a las propias en un discurso integral con nuevas miras, se extiende también al debate sobre la autoría de tan singulares creaciones. Ponderando los rastros documentales dejados por artífices como Juan Guas, Simón de Colonia, o Gil de Siloe –y lo que conocemos de su forma de trabajar–, se acota el grado de participación en las obras del colegio de estos y otros protagonistas de la actividad artística castellana en los últimos años del siglo XV. Si al primero cabe atribuir las trazas que materializarían arquitectos como Juan de Ruesga o Bartolomé de Solórzano, con Colonia en la capilla, es Siloe quien emerge como posible diseñador de una portada con afinidades constatables con sus retablos.

Nombres tan reseñables y soluciones que hicieron del colegio “la más singular obra que hay en nuestros reinos” afianzan, desde las páginas de esta monografía, el papel de San Gregorio de Valladolid en ese “arte de épocas inciertas” que diría María Luisa Caturla, a quien homenajea este año el actual destinatario de tan magnífica sede, el Museo Nacional de Escultura.

Francisco de Asís García García  
Universidad Autónoma de Madrid